

LA PARTE SOÑADA

Rodrigo Fresán

Para Ana y Daniel:
sueños hechos realidad,
realidad hecha sueños

¿Qué son los sueños?

VLADIMIR NABOKOV,
Ada, or Ardor

La profundidad de tantos momentos maravillosos contemplados al mismo tiempo.

KURT VONNEGUT,
Slaughterhouse-Five

A cada hombre le está dado, con el sueño, una pequeña eternidad personal que le permite ver su pasado cercano y su porvenir cercano. Todo esto el soñador lo ve de un solo vistazo, de igual modo en que Dios, desde su vasta eternidad, ve todo el proceso cósmico.

JORGE LUIS BORGES,
«La pesadilla»

Las cosas sólo son inevitables en los sueños; en el mundo de la vigilia no hay nada que no pueda evitarse... Digamos que el presente es donde vivimos, mientras que el pasado es donde soñamos.

JOHN BANVILLE,
The Blue Guitar y Time Pieces

Y alguien habló y entré en un sueño.

JOHN LENNON & PAUL MCCARTNEY,
«A Day in the Life»

Y de pronto todo se volvió negro. Y esa época desapareció para siempre.

DENIS JOHNSON,
Train Dreams

He aquí, os digo, un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos...

LA BIBLIA,
Corintios 15,51-52

Como une la noche a la visión y a quien la ve

VLADIMIR NABOKOV,
Pale Fire

I

ESA NOCHE

(NOTAS AL PIE PARA UNA ENCICLOPEDIA DE CAMINANTES DORMIDOS)

Todo lo que vemos o imaginamos es sólo un sueño dentro de un sueño.

EDGAR ALLAN POE,
“A Dream Within a Dream”

Tengo sueños de una densidad tal que me gustaría poder trasladar a mi ficción.

JOHN CHEEVER,
Journals

Un sueño, todo es un sueño, que acaba en nada, y deja al durmiente allí donde se acostó; pero desearía que supieras que fuiste tú quien lo ha inspirado.

CHARLES DICKENS,
A Tale of Two Cities

Creo que soñamos para no estar tanto tiempo separados. Si estamos en los sueños de los demás, entonces podemos estar todo el tiempo juntos.

A.A MILNE,
Winnie-the-Pooh

Todos los hombres sueñan, pero no del mismo modo

T.E. LAWRENCE,
Seven Pillars of Wisdom: A Triumph

Los sueños son juguetes.

WILLIAM SHAKESPEARE,
The Winter's Tale

El sueño es, aquí, el cuerpo del texto.

Ahí está.

El cuerpo: en reposo y dormido, pero aun así siempre alerta.

El texto, en la más suspendida de las animaciones, abriendo sus ojos al abrir el libro, cada vez que se lo lee, como si al entrar ahí se encendiese una luz para que la luz salga. En shhhilencio. Sin hacer más ruido que un onomatopéyico y contagioso boquiabierto ajúm, y estirando los brazos de tanto en tanto, hasta que los huesos crujen.

Y eso es todo en lo que hace al afuera cuando la procesión va por dentro, oración a oración, orando.

Por eso, siempre, luego de siglos de leer en voz alta, se comprendió que era mejor leer sin hacer ruido: apenas moviendo los labios, dejando escapar el aire entre los dientes, y poco más. Con esa mezcla de devoción y temor con la que se contempla en las sombras a un luminoso e iluminador ser querido durmiendo. Y, sólo entonces, admitiendo y siendo plenamente conscientes, en nuestra oscuridad, de que aquel a quien amamos nunca nos será del todo claro, conocido, legible y comprensible.

Cuando alguien duerme, ese alguien es un misterio y, al mismo tiempo, es como es de verdad. Sin las poses sofisticadas y artificiosas de la vigilia, cuando se es tan vigilante del cómo se es percibido.

Dormido, en cambio, pocas variables: boca abajo o boca arriba o de costado y estirado o en contraída pose fetal, como cuando se flotaba dentro de ese cascarón de madre y fantaseando allí, como Hamlet, con ser «rey de un espacio infinito» en el que no tienen cabida los malos sueños. Fácil de percibir pero, aun así, en esa engañosa sencillez, un cuerpo al que, como a los contados versos de un poema, podríamos recitar de memoria, sí; pero, de nuevo, jamás entendiéndolo por completo. Como sucede en y con muchos poemas.

Y sus posibles significados e interpretaciones son las notas a sus pies. Las notas en letra más pequeña, la cláusula secreta y definitiva. Debajo o al fondo de la cama. Los pies afirmando y buscando el calor y la compañía de otros pies. O, al menos, de esa bolsa de agua caliente con aspecto de prótesis orgánica y consistencia molusca, ahí en las profundidades del lecho cubierto por una manta azul marino. Los pies que siguen el ritmo sonámbulo de una canción que se canta dormida, meciéndose a sí misma. Una de esas canciones de cuna que se despiertan convertidas en canciones de cama cuando crecen y que, al final, ya no sueñan con angelitos sino con su cada vez más convencida inexistencia y a la espera de sonar y soñar a marcha fúnebre. Sueñan con el aleteo azulado de blues entonándose en pie junto a aquel acostado, justo ahí, en el lecho de un ataúd, descansando en paz, se supone.

Y —aaaaah ah-ah-áh ah-ah-áh áh-ah-aaaaah aaaaah aaaaah aaaaah ah-ah-áh aaaaaah— alguien habló y entró en un sueño, cantando, una noche en la vida, «A Day in the Life», en el idioma de los sueños que es el de todo el tiempo, todos los tiempos, al mismo tiempo. Las frases libres, el presente; las entre comillas, el pasado; las entre paréntesis, el futuro.

Pero todas contando ya.

«Cuenta un sueño y pierde un lector», contó alguien.

¿Quién dijo eso y quién cantó aquello de entrar en un sueño?

¿Qué hacían? ¿Padecían esas personas algún problema personal con el acto de soñar, algún trauma de pesadilla, algún deseo nunca realizado?

¿Qué autoridad podía tener alguien para esculpir semejante máxima incontestable o entonar ese suspiro sinfónico y flotante?

¿Qué importa?

Porque, ah, él ahora —otra vez, como ya es costumbre— está dispuesto a perder a varios, a muchos, tal vez a todos los lectores.

Él les va a contar un sueño.

Por suerte, no es escritor.

O mejor dicho: ya no es escritor; que es más o menos lo mismo.

Es un excritor.

Ser excritor no sólo es ya no ser sino, de algún modo, no haberlo sido nunca: cuando se deja de escribir, a diferencia de cualquier otro oficio en el que lo que se hizo permanece, se pierde condición y raza y especie y poder no necesariamente súper. Quedan los libros, la obra, sí. Pero atrás, y cada vez más lejos de la propia vida, y como si ya no fuesen propios. Porque al no reeditar cíclicamente el misterioso mecanismo que funciona en el durante (en el momento más privado e indescriptible del oficio, en el acto mismo de la escritura) todo lo que se escribió en el pasado comienza a negar a su autor. A cruzarse de acera cuando lo ve venir, hablando solo y haciendo eses desenfocadas cuando debería estar haciendo zetas alucinógenas. A desconocerlo como se desconoce a uno de esos padres incómodos apareciendo en las fiestas de sus hijos para beber y bailar a los gritos. A ir solo y por las suyas y a negarle el saludo o a no ayudarlo a levantarse cuando tropieza y resbala y cae. Cosa que sucede cada vez más seguido: los excritores —como los ancianos; y él es excritor y se siente tan viejo— tropiezan y resbalan y caen ante el menor obstáculo o la misma piedra. Pocas cosas más frágiles que una persona que se ha quedado sin letra y cuya caligrafía ocasional parece surgir, siempre, desde el terremoto privado de esa garra atrofiada que alguna vez fue una mano flexible y de movimientos armoniosos o violentos, como la de un director de orquesta.

Ya no.

Ahora el imperial pulgar señalando siempre hacia abajo, imposibilitado de sostener hasta el peso de una pluma y de su tinta.

De un tiempo a esta parte —de un muy largo tiempo; porque su vejez ha resultado ser mucho más larga que su infancia y juventud y madurez juntas— todos sus acontecimientos se precipitan. Y él con ellos; casi dejándose caer, libre pero prisionero de la gravedad del momento. Con la casi secreta esperanza y fantasía de, tal vez, ya no tener que volver a ponerse en pie y el consuelo de resignarse a permanecer allí abajo, herido.

Pero no hay suerte (buena o mala) y algo lo obliga a buscar el apoyo de una pared (aunque no busque ningún tipo de asistencia en especial) como alguna vez se apoyó en una página o en una pantalla en blanco.

Y allí va «Once more unto the breach, dear friends, once more» y «Lasciate ogni speranza voi ch'entrate»: las mismas citas de siempre funcionando a modo

de **כדברא אברא** (el abracadabra que significa «Yo creo

como hablo») o de **بابا علي** (aquello que se pronuncia para abrir la puerta de la cueva de los tesoros robados o del cuerpo a resucitar por el que tantos robarán en su nombre).

Así que ahí sigue, notable para nadie, pero erguido y con todas esas notas a sus pies.

Notas al pie que treparon desde los fondos de la página, como si se tratase de la soñada Wonderland, y que se integraron al texto principal, indistinguibles pero nunca negándose a ser viradas a esa otra voz suya. Una voz acelerada y particular y mesiánica, cuando imaginó compaginar el fin de su mundo con el fin del mundo de todos, teclada desde las tripas de un apocalíptico acelerador de partículas suizo. Voz que suena al claqueante pero incansable clickety-clack de una American Typewriter en un paisaje cada vez más uniforme y obediente y sin huellas y digital y siempre rezándole a San Serif. Salteándose párrafos enteros cuando la cuesta se vuelve más difícil de descender, de página arriba a página abajo, zigzagueando de izquierda a derecha. Tipografía que alguna vez a tantos les costó tanto leer (y de la que tanto se quejaron, aunque nada se quejaron en cuanto a pasar sus vidas leyendo letritas en pantallitas), esa buena letra en la que siempre le gustó tanto escribir a él en una máquina primero acústica y luego eléctrica.[1]

Notas al pie creciendo como plantas que lo enredan y lo envuelven. Notas al pie con las que se pueden hacer varias cosas: patearlas, recogerlas, dejarlas tiradas bajo la lluvia para que sean arrastradas por el agua cloacas abajo o para que —restos que suman— germinen y sean notas al pie que se alcen a lo alto.

Notas al pie pisando que hacen perder aún más lectores que los sueños. Y que hacen perder más oyentes —que es como leer con los oídos— que los discursos. Y que aquí son parte del problema, de lo que salió mal cuando se buscaba un razonable y máximo aprovechamiento del tiempo de los hombres. Incluso del tiempo que transcurría cuando soñaban.

Y, sí, lo que se acabó produciendo fue algo monstruoso.

Nada demasiado científico pero aun así, ahora, consecuencia directa de la experimentación.

De experimentos que salieron mal.

Sueños que —aseguran en entrevistas o en documentales los estudiosos del asunto con rostros como los de los niños cuando mienten— no son más que reacciones químico-eléctricas. Pequeñas ráfagas de energía saltando de célula a célula. Unos estímulos imprecisos en los que en verdad nadie cree del todo. Nadie sabe muy bien de dónde vienen, y adónde van y para qué sirven los sueños. Podría afirmarse —con igual convencimiento— que los sueños son en realidad los pensamientos de los ángeles de la guarda. Y nadie podría discutirlo; porque si los sueños existen por qué no pueden existir los ángeles que los sueñan. Series de sueños como partículas aceleradas donde nada alcanza la cima pero aun así, cayendo desde las alturas como lluvia dura y pesada; y él cierra su paraguas para mojarse, sin pensar en nada específico o haciendo uso de alguna estrategia en especial o buscando alguna salida. Sueños en los que —en el momento de soñarlos, como si se los escribiese mientras alguien los dicta— no se establece ninguna gran conexión, ni se piensa en que todo eso tendrá que pasar por algún tipo de inspección o que los naipes que te han tocado (los sueños como barajas del Tarot u otro de esos muchos y tan entusiastas y optimistas métodos en los que se cree a la hora de interpretar algo) te serán de alguna utilidad a no ser que lleguen desde otro mundo.

Los sueños como evidencia incontestable de que se tiene vida nocturna, de que por las noches y en las noches y para las noches y con las noches se está más vivo y despierto y alerta que nunca.

Suficiente de esto.

Mejor detenerse aquí, antes de que se queden dormidos.

Allá vamos.

Pasen y sueñen.

Cuando ya no tuvo nada que vender, vendió aquello que no debe venderse jamás: los sueños.

Sus sueños.

No le entusiasmaba la idea de hacerlo, está claro.

Nada le resultaba más turbador que vender con los ojos abiertos algo que se hace con los ojos cerrados. Algo que sólo ve uno y cuya descripción o recreación siempre será parcial, imperfecta, intransferible a los demás. El recuerdo de un recuerdo de un recuerdo. El más fiel retrato del viento, cuando se sabe que lo que da altura y perfil y forma al viento son nada más ni nada menos que las cosas que el viento arrastra. Todo aquello que el viento suspende en el aire, como si se tratase de letras a ordenar derribándolas a tierra firme y firmes y preparen y apunten y fuego y tiro al oscuro blanco móvil. Todo eso ahí, flotando en un viento no con el sonido del viento sino con el sonido del viento en las películas. O, más cerca, los sueños como una película que sólo alcanzamos a ver («¡Ya la vi, pero no recuerdo cuál es!», exclamamos) por apenas unos minutos, flotando en el éter de una canal de t.v. de medianoche, en aquellos tiempos en que resultaba imposible saber en el acto qué era lo que se estaba emitiendo porque no se tenía el más remoto control de todo eso, de congelar o de retroceder o de avanzar lo que sucedía en pantallas no planas sino cúbicas. O, por fin, los sueños como una canción que se oye ya empezada, en la radio, y de la que no conocemos ni título ni intérprete; tan solo ese estribillo que se ha quedado colgado de nuestros oídos y que se va desvaneciendo para luego hamacarse a lo largo del día, hasta que solo nos quedan versos y notas sueltas. Y más detalles sobre sueños y películas y canciones más adelante, siempre y cuando que, para entonces, él no se haya olvidado de todo esto, de todo aquello, y de eso otro también.

Pero sí: nada inquieta más que vender, que desprenderse de algo invisible, pero tan íntimo y personal y privado y único, como los sueños. Algo que no tiene cuerpo ni peso. Aunque nada sea más sólido que aquello que parece no estar en ninguna parte pero que está en todos lados. Aquí y allá y en todas partes: como se decía de algunos viejos dioses en los que ya nadie cree desde que se comprobó definitivamente que ellos ya no creen en nosotros; que ya no creían en aquellos en los que alguna vez habían soñado para hacerlos realidad después. Sí, los dioses se marcharon por propia voluntad o porque nunca existieron. Y ya nadie se tomó en serio esa maniobra del hombre creando primero a los dioses para así, tal vez, luego, poder crear una historia en la que los dioses crean a los hombres. Después de caer el telón de la fe y de los mitos —cuando ya nadie soñaba con ese sueño sacro del que nada quedaba— tan sólo permanecieron los sueños.

Nuestros divinos y feroces sueños.

Y después ni siquiera eso.

Y así los pocos sueños que permanecieron vivos, «despiertos», se convirtieron en algo muy valioso y por lo que te daban mucho dinero.

Y más detalles más adelante de todo lo anterior.

Y —de nuevo, con esa reincidencia que tienen los sueños, con esa persistente insistencia que es también la de la memoria, sólo que no dormida sino en trance— nada perturba más que vender lo que se sabe sólo de uno y que no se parece a lo de ningún otro. * («De toda la memoria sólo vale / el don preclaro de evocar los sueños», Antonio Machado.)

Los sueños —como las pupilas de nuestros ojos y como las huellas digitales de nuestros dedos y como los lóbulos de nuestras orejas— son únicos e intransferibles.

Los sueños son las espirales del ADN de la mente.

Y hasta esos sueños en los que se sueña en grupo, sueños en los que todos sueñan * (los pegadizos y un tanto vulgares y automáticamente tarareables greatest hits oníricos en los que uno se descubre desnudo en público, cayendo desde las alturas, arrastrado por una ola gigante, perseguido en la oscuridad, llorando la muerte de un ser querido, súbitamente millonario y famoso o haciendo el amor con esa persona o siendo violados por aquella otra, y el peor de todos: de regreso en el colegio durante un examen para el que no se estudió), no son nunca idénticos, ni siquiera parecidos, a los de otros soñadores. * («Vivimos como soñamos: solos», escribió Joseph Conrad; lo que también puede leerse «Soñamos como vivimos: solos».) Nadie cae igual, nadie es igual cuando está desnudo, cada persona es tan personal en el momento del llanto agónico o del gemido orgásmico y, por supuesto, no hay dos olas iguales y las preguntas de ese examen nunca se repiten...

Pero a él no le quedaba otra, no le quedaba nada.

Ya había vendido todo lo vendible: su auto * (que nunca supo conducir, y que fue el legado de un amigo suicida e insomne, que salía a dar vueltas en la noche imaginando que se atropellaba a sí mismo y que no se detenía a ayudarse); sus libros y su colección de películas y sus long-plays * (que eran muchos y muchas y muchos; y que le eran tan valiosos y queridas y necesarios; y por lo que le dieron apenas un puñado de billetes arrugados, porque ya nadie leía ni veía ni escuchaba); su casa * (que, ya vacía de letras y de músicas y de escenas, era apenas un espacio vacío, impersonal, del que se desprendió como quien se desnuda a solas, casi sin darse cuenta de que se estaba desnudando, porque hacía tanto que nadie lo veía desnudo). Allí, casi una burbuja transparente y frágil en cuyo centro flotaba un colchón duro, y una cada vez menos refrigerante heladera y un escritorio * (que cada vez le recordaba más a uno de esos estacionamientos vacíos junto a un centro comercial con todos los locales vacíos donde se encuentran adolescentes atroces para no hacer nada, para mirarse no a los ojos sino a las pantallas), y una silla cansada de soportarle y donde ahora sólo se sentaba a no escribir.

Luego, cuando ya no le quedaba nada ahí fuera, comenzó a venderse a sí mismo: su sangre * (que probó ser ligera y del tipo más vulgar y poco nutritiva hasta para el más sediento de los vampiros) y su semen * (que resultó débil e impotente y compuesto por espermatozoides de esos que no sienten el menor apuro por llegar a un óvulo y fecundarlo, porque no quieren ser bebés primero y mucho menos padres después).

Así que, de nuevo, sus sueños.

Sus sueños dormidos pero más despiertos que los sueños de casi todos los demás.

Sus sueños que, sí, eran especímenes muy codiciados de una raza en extinción.

Sus sueños que valían mucho y que él entregaba, uno a uno, como a quien le extirpan partes secretas de un modelo para armar o piezas importantes de un puzzle para ser completados en otra parte, lejos del soñador y cerca de los que ya no pueden soñar.

Y, de acuerdo, dinero, sí.

Mucho dinero a cambio de sus sueños.

Pero, también, la respuesta al interrogante de su creciente necesidad de ir despidiéndose de ella, de olvidarla, de ya nunca volver a soñarla a Ella.

Así que aquí va, aquí lo tienen, aquí viene.

Contando todo esto con la misma voz con que otros cuentan ovejas.

Una voz en off a punto de apagarse.

Una voz de cuenta regresiva.

Una voz como si estuviese, al mismo tiempo, bajo la influencia de una píldora hipnótica y, también, de la dicción adormecedora de un hipnotizador que cuenta descontando del 10 al 0.

Una voz hablando rara; con una cadencia extraña.

Una voz invertida, impronunciabile pero aun así comprensible.

Una voz ventrilocua brotando de las tripas de su mente y que suena como esa voz hecha de palabras sueltas que se compaginaban automáticamente y que alguna vez te informaba de la hora exacta en un teléfono tan pesado y tan negro como esas noches en las que no podías dormir.

Una voz que suena como primero grabada, luego escuchada al revés, luego repitiendo y grabando eso que se escucha al revés, y luego pasándolo al revés para escucharlo al derecho, sentado, en una habitación roja donde bailotea un enano. Sí, ese enano.

Una voz como si fuese el reverso de un idioma y no el idioma el que habla, como si fuese la sombra de la voz y no la voz la que habla.

Una voz marcha atrás, pero avanzando sin mirar a todo lo que deja a sus espaldas.

Una voz subiendo la cuesta que conduce hasta el Onirium para vender sus sueños, otro sueño.

O —para ser más preciso— para vender el único sueño que le queda.

El sueño más codiciado y deseado de todos y por todos.

Y el sueño más querido por él.

Un último sueño, sí; pero es un sueño recurrente.

Y además —y esto es lo que lo convierte en un espécimen tan raro y valioso para los encargados del Onirium— un sueño que se hizo realidad.

Su sueño contigo.

Tu sueño suyo.

Sube rumbo al Onirium con paso elástico y flotante, como se anda en su sueño. Como en algún comienzo de alguna novela antigua y decimonónica y gótica y solitaria. Una novela única. Así le gusta imaginarse: páramo y niebla y él como aquel a quien van a contarle una buena historia para que él pueda contar cómo se la cuentan. Como si él fuese Mr. Lockwood ascendiendo por el camino que lleva a una casa llamada Wuthering Heights, y llegar allí, y ser mal recibido por sus habitantes. Y acostarse en una pequeña cama con nombres grabados en la madera. Y dormirse y soñar un sueño dentro de sueño donde no una rama de árbol sino un brazo el que atraviesa el cristal de una ventana y una mano de dedos helados te agarra y te reclama y vidrios rotos y sangre sobre las sábanas y una voz que te dice que lleva mucho tiempo perdida y te pide que las dejes entrar * (y, ah, se interrumpe, no puede, no debe hablar de ese libro. No le está permitido. No es su libro. Es un libro que ya tiene dueña).

Y, como en un sueño, todo cambia de rumbo, aunque él siga subiendo, camino arriba. De nuevo: como en un sueño. Un sueño en el que, por encima de todo desvío de esos que suelen desviarte en los sueños no está claro el arriba o el abajo o el adelante o el atrás * (aunque el atrás —como lo postuló el mentalista-arlequinólogo insomne Vadim Vadimovich y ya se lo explicaron en el Onirium— no existe en los sueños: en los sueños no hay pasado ni memoria ni estaciones anteriores; en los sueños no se puede caminar de espaldas como un juguete perfectamente roto); pero un sueño en el que siempre tiene la certeza de avanzar hacia Ella.

Ella, claro, no es su nombre (ella le dice su nombre en su sueño pero él no alcanza a oírlo, a oírla) pero sí es la manera en que él ha decidido nombrarla: un tanto impersonal, pero a la vez una manera propia y apropiada de comprenderla. Ella es un modo de identificarla sin obligarla a ser quien no es o a arrojarla sobre un sendero que no es el de ella, el de Ella, y de donde no hay salida en ningún sentido.

Ella no es, pero sí se parece tanto a alguien que alguna vez fue. Y ahora vuelve como vuelven los que se fueron: en los sueños, en los sueños que son el Más Allá que nos alcanza más aquí, cuando dormimos y soñamos con los ausentes presentándose como fantasmas colándose y entrometiéndose por grietas y orificios, como el humo y la lluvia.

Y, dando un rodeo ahora, se acuerda de que ayer volvió a escuchar esa canción sobre los sueños, sobre otros sueños.

No se refiere a esa titulada, cree, «In Dreams»; y que entona, con voz operística y rostro impávido y siniestro, un tipo de gafas oscuras y que parece una efigie de cera de sí mismo y cuyo nombre no recuerda. * (El nombre es Roy Orbison; y gran anécdota de Roy Orbison: Bono sueña y compone en sueños una canción titulada «She's a Mystery to Me» y se despierta convencido de que se trata de una canción ya existente de Roy Orbison; se la canta a sus compañeros de U2, quienes la escuchan y diagnostican: «Orbison»; pero la buscan y no la encuentran; y esa misma noche, luego de un concierto de la banda, alguien llama al camerino. Es Roy Orbison, quien le sonríe a Bono y le dice: «Creo que tienes una canción para mí, ¿verdad?».) Y siempre pensó que hay pocas cosas más inquietantes que ver a alguien cantar escondiendo sus ojos y diciéndote cosas como «It's too bad that all these things, can only happen in my dreams / Only in dreams in beautiful dreams».

Tampoco habla de aquella otra canción. Esa alabanza para piano blanco apenas encubriendo el solipsismo y el no hacer nada para que todo desaparezca: la cómoda idea de la utopía ocultando el deseo último de la entropía, de que todo se derrumbe y desaparezca. Allí donde se oye aquello de «You may say I'm a dreamer / But I'm not the only one». Y, ahora que lo piensa, ¿no es un poco raro, algo como en un sueño, que el piano sea un instrumento de cuerdas? Y, sí, no le extraña demasiado que aquel que escribió esta canción * (el mismo de «I'm Only Sleeping» y de «I'm So Tired» y de «Good Night») y que la cantaba con voz de recién despierto o de recién dormido y cadencia de himno hipnótico —sugiriendo a sus oyentes el que imaginasen imposibilidades varias— haya, inesperadamente, acabado con el cuerpo embalado y aplomado. Porque, sí, no es conveniente proponer ciertas cosas, abrir ciertas puertas, soñar ciertos sueños. Invitar a imaginar el vacío absoluto como forma de perfecta armonía equivale a decir que uno también sobra; que está de más; que no tiene nada que hacer allí; que mejor deshacerse entre las brumas del sueño. Matar al mensajero y no hay soñador más perfecto y definitivo que un muerto. * (Ahora uno de sus mejores chistes malos, se lo contó Tío Hey Walrus, la última vez que se vieron: «Yo sí que recuerdo perfectamente dónde y qué estaba haciendo la noche en que asesinaron a John Lennon, firmado: Mark David Chapman»; y él se ríe solo en la oscuridad de la noche y qué rara que suena la risa propia cuando se la escucha a solas; pensando en que no hay nada más peligroso que decir «I have a dream» ante multitudes; porque los sueños no se poseen, no son de aquel que los sueña. Y si se los señala como propios en público, los sueños siempre acaban mordiendo la mano y cortando la cabeza que les da de soñar.) Y no le sorprende que «Imagine» haya sido, le dijeron alguna vez, la canción favorita de su madre, que en paz descansa, que en paz sueña.

Pero no, no es ni «In Dreams» ni «Imagine».

No: la canción a la que se refiere, la que escucha ahora, es otra. No es del viejo de las gafas oscuras * (Roy Orbison) ni del joven de gafas de abuelita * (John Lennon). Y todavía no ha conseguido precisar a quién pertenece o quién la canta. Y nada le resulta más gracioso que el afirmar aquí que no recuerda título o intérprete * (es,

está seguro de ello, una de las canciones favoritas de su songwriter favorito, a quien fue a ver tantas veces live y con el que se cruzó, unplugged, en hoteles de aquí y de allá, la última vez en... en... en aquella noche en la que él planeó destruirse a sí mismo en pedazos primero para después destruir el mundo entero, en Suiza, presionando botones y bajando palancas en aquel colisionador de hadrones y acelerador de partículas y ¿fue verdad esto o fue un sueño que soñó alguna vez y ya nunca soñará?) y convenciéndose de que no puede precisarlo en nombre del mejor funcionamiento de lo que se cuenta con ojos entrecerrados.

Decide entonces —porque le conviene a esta historia— que no se acuerda de los rasgos particulares de la canción pero sí del momento en que la escuchó por primera vez.

Y es que hay canciones que —cuando se las escucha por primera vez— funcionan con modales de fotografía: atrapan para siempre un instante y lo revelan y lo fijan con los líquidos de la epifanía para que, cada vez que se escuche esa canción, se pueda volver a ese momento definitivo. Una y otra vez. Cada uno tiene la suya: esa canción que funciona como la llave en la cerradura de la puerta de sus vidas * (no el ojo de la cerradura sino el oído de la cerradura donde se apoya la oreja cuando el ojo no ve nada ahí) y a la que retornan una y otra vez. Escucharla es más que recordar. Oírla de nuevo es como acceder a la posibilidad de suspender las leyes incontestables y tiránicas del tiempo: lo que antes corría, de pronto, disminuye su marcha y se detiene y... Escuchar esa canción es, de pronto lo comprende, como soñar despierto.

Aquí viene de nuevo.

Ahora la oye llegar cuesta arriba mientras sube rumbo al Onirium. Saltando desde la ventana de algún edificio en llamas, sonando otra vez por el azar de alguna última radio sintonizada a mitad de canción, cuando ya ha sido anunciado su nombre y el apellido de su autor * (y, ah, en este mundo sin sueño ni sueños existe una sobreabundancia de disc-jockeys de medianoche: profesión ahora tan prestigiosa como alguna vez fue la de abogado o doctor o militar o sacerdote). Una canción que es, en principio, una sucesión de sueños posibles, una lista * (y a él le encanta hacer listas porque las listas acaban haciéndote y explicando quién y cómo eras) de asuntos despiertos corregidos con la ayuda de cuerpos horizontales y ojos cerrados. Nada demasiado espectacular, nada demasiado específico, nada demasiado científico.

Allí, en la canción, de nuevo, una enumeración de sucesos deshilachados y de objetos sin ilación. Como si la canción tratase más del sueño de un objeto que del de una persona. Ninguna dirección o conexión, naipes, números en llamas, paraguas * (abrirlo para la interpretación conspirativa y pesadillesca de darle la señal a un tirador magnicida o, explicación despierta, para recordarle a un presidente a punto de ser asesinado las vergüenzas pasadas de su padre / ver-documentarse: JFK /Umbrella Man / ¿idea para un cuento o cuento para otra de esas ideas que nunca va a contar?), detenerse por completo y, finalmente, correr y trepar y ser testigo de un crimen imposible de resolver pero tan sencillo de observar. Un crimen exhibicionista. Un crimen que no siente culpa alguna de ser un crimen. Y ese crimen siempre ha tenido lugar en el pasado: en ese sitio donde todos somos culpables y para el que siempre se inventan excusas, coartadas, un no haber estado allí o un haber estado durmiendo y soñando a la hora exacta en que todo eso sucedió.

Veamos.

Oigamos.

Cuando él nació * (cuando él nació una de las tantas veces en las que pudo haber nacido, la vez que elige para esta noche como otros eligen la ropa que vestirán a la mañana siguiente), su madre estaba soñando. Y su primer llanto no la despertó * (siempre se dijo que, desde el inicio mismo, todo estaba muy claro: se llega al mundo, se despierta a la vida luego de un sueño de nueve meses, llorando y no

riendo; por algo será). Tampoco la despertaron a ella sus propios gritos de dolor, porque su madre, dormida, no emitió ningún sonido durante el parto. Así, de algún modo, él es hijo más de sus sueños que de ella. Él no llegó a conocerla pero, de algún modo, la conoció mejor que nadie; porque no hay nada más íntimo y personal que los sueños. Y ella y él soñaron lo mismo a lo largo de los días y las noches de nueve meses. No había entonces fronteras para los sueños de su madre. Nada los interrumpía. Eran, sí, sueños perfectos; porque no conocían ese incómodo, impúdico, vergonzante instante de ser reconocidos y admitidos como sueños, como nada más que sueños, cuando uno se despierta y, lo primero en que piensa, como, en el más automático de los reflejos, es eso de: «Ah, era un sueño».

* (Pero no está siendo claro, no se explica bien. Pide disculpas, pero es inevitable la imprecisión: porque habla de los sueños dormidos con la gramática líquida y la lógica gaseosa de los sueños despiertos, de los sueños de quien ya no duerme. A ver, va a intentarlo. Y no va a ser fácil: está claro que su madre y su padre no son estos que aquí aparecen con sus rostros. Pero eso es lo bueno de su madre y de su padre, su gesto definitivo para con él, su herencia: el haber desaparecido hace tanto tiempo y tan espectacularmente le regaló —le regalaron ellos, para que él se la devuelva— la posibilidad de que él los altere y los transforme con los mismos modales con que las personas cambian en los sueños, siendo los sueños una acumulación de modales despiertos distorsionados por el estar dormidos. Por ejemplo: sus verdaderos padres pero tan difíciles de creer: padres terroristas para muchos pero aterrizados para él, adictos al estar en vogue y temblando ante el síndrome de abstinencia de quedar out of fashion, de pasar, de ya no estar allí. Pero ahora vuelven, ahora vuelven a estar, reescritos por él con un dedo en el aire de la oscuridad de la noche, como si condujese una pequeña música nocturna a ser ejecutada por dos solistas ejecutados hace tanto tiempo.)

Su madre * (esta variación de su madre que ahora compone e interpreta aquí y que, sí, es verdad, también tiene algo de la historia de su hermana) quería tener un hijo, pero no quería tener un esposo. Así que, en el fragor de una de esas fiestas sin sueño, con sus óvulos fértiles bailando su danza dentro de su vientre, su madre se acercó —luego de un trabajo de investigación de meses— a quien le parecía el ejemplar más genéticamente perfecto: un compañero de estudios que no quería tener un hijo pero que sí quería tener a su madre. No más fuera por una noche. Todo bien entonces. Acuerdo rápido. Ningún compromiso. Entrar y salir y buena suerte y adiós.

Y así fue.

Su madre salió ardiendo y ardiente del incendio de esa fiesta, todos sus habituales sistemas funcionando a la perfección mientras en su cuerpo se encendían luces que jamás se habían encendido hasta entonces y se presionaban botones y se activaban agujas en su interior que habían esperado pacientemente este momento. Su reloj biológico daba la hora correcta y precisa y ahí ya estaba él, ahí dentro, el futuro súbitamente convertido en presente. Un sueño hecho realidad.

Su madre, por supuesto, lo supo en el acto, después del acto; con esa certeza de magas que sólo tienen las madres recién fabricadas. Su madre dejó esa fiesta sonriendo y, ciega de felicidad, cruzó la calle y no vio el auto que venía a toda velocidad * (conducido por un hombre insomne, un hombre que apenas se detiene para cargar gasolina y luego vuelve a la carretera y ahí sigue, a toda velocidad, contando esas rayas y puntos breves estilo morse en el centro del asfalto, seguro de estar leyendo cada vez más rápido y sin poder parar la mejor novela en clave jamás escrita, y tan ansioso por averiguar qué sucederá en el próximo capítulo luego de haber atropellado a una mujer en el anterior) y que la arrolló y que ni siquiera se detuvo a ver lo que había ocurrido.

Su madre nunca se despertó.

Los médicos diagnosticaron muerte cerebral, coma profundo, viaje de ida sin pasaje de vuelta. Los médicos no detectaron, en principio, su presencia, no lo vieron a él. Los médicos estaban preocupados por otras cosas; y la preocupación dio lugar a la resignación cuando se decidió que lo mejor, lo más piadoso, lo humano, era desenchufarla. Y así lo hicieron. Pero su madre —para felicidad de sus abuelos, quienes nunca habían estado del todo de acuerdo con apagar y velar aquello a lo que más habían amado— continuó viviendo y respirando y soñando. De este modo, su madre conoció una cierta fama. La inquietante fama de los milagros. Revistas y canales de televisión le entregaron páginas enteras y minutos largos y la bautizaron con un nombre tan obvio como apropiado: «La Bella Durmiente». Porque su madre era, sí, muy hermosa. Y las mujeres muy hermosas son todavía más hermosas cuando están envueltas en sueños. * (Y su madre estaba más cerca de la versión original de la Bella Durmiente, donde la joven yacente es fecundada en su sueño por el príncipe más bien oscuro que azul y da a luz, nueve meses después, sin abrir los ojos.) Y los sueños que envolvían a su madre eran perfectos, invulnerables, nada podía despertarlos. Sueños sin significado alguno. Formas abstractas y brillantes multiplicándose a sí mismas en espejos abismales, como dentro del círculo de un caleidoscopio apuntando en vano y por pura vanidad a las estrellas.

Cuando, con el pasar de un par de meses, se supo que su madre estaba embarazada, la potencia de su milagro se duplicó y se contaban las semanas para el gran acontecimiento. Los noticieros le dedicaban a su madre (y a él) una sección especial, todos los días, luego del pronóstico meteorológico, se organizó un concurso para ponerle nombre, y muy pronto se transmitieron en vivo y en directo sus primeras ecografías.

Ahí estaba él, soñando dentro de su madre soñadora. Compartiendo sus sueños, alimentándose de ellos, sueños que no eran como los sueños de la gente que sueña nada más que unas horas al día con ese movimiento rápido de los ojos bajo las suaves y casi translúcidas sábanas de los párpados.

No: los sueños de su madre miraban fijo, y lo miraban a él.

Y alrededor de ella y fuera de ella multitudes que se reunían para rezar. * (Rezaban no en el nombre del resucitado pero como medio dormido Lázaro de Betania —cuya figura era complicada y volátil, porque competía con la del Mesías y de ahí que los sabios decidieran asesinarlo a los pocos días de su regreso y hacer pedazos su cuerpo y diseminarlo por todo el mundo— sino en el de la menos conocida Hija de Jairus, a la que Jesús despierta de un sueño profundo con un arameo e imperativo «Talitha Koum» significando «Pequeña, te digo que te levantes».)

Milagro.

Él nació una medianoche de invierno.

Truenos y rayos.

Perros ladrando y gatos maullando y una de las enfermeras empezando a hablar en lenguas y conjunciones astrales. Portentos varios. Todos y cada uno de los lugares comunes de lo poco común.

Su madre lo dio a luz y luego se hundió para siempre en las sombras tal vez, aunque entonces él no pudiese entenderla, despidiéndose en sueños con un «Sólo estaré fuera por un rato», con ese estilo tan estudiado de los que salen para no volver que —como explica otra canción— es la razón para la que Dios haya inventado las películas.

Su abuela —quien siempre estudió el mundo de los sueños con la dedicación con que otros estudian los giros de las telenovelas o las alzas y bajas de las finanzas— le contó que su madre abrió los ojos para morir, que murió con los ojos abiertos, que se despertó para morir pero que, antes, lo vio a él. Y que sonrió una última y

A él le cuesta creerlo.

Le cuesta creer que alguien crea en eso.

Le cuesta creer aún más que alguien pueda llegar a creer en que se puede hacer creíble algún tipo de mensaje para el que cree en todo eso; pero también es cierto que la gente cree en eso de que no hay dos personas en el universo con iguales huellas digitales o con el mismo dibujo y color de pupilas o forma de lóbulos de orejas sin preguntarse cómo es que hicieron para llegar a semejante certeza, cómo lo comprobaron. ¿O es que alguien tiene el poder de cotejar todas las huellas digitales y pupilas y orejas de los que vivieron o viven o vivirán?

Los sueños, en cambio, nunca se parecen y difícilmente se repitan. Los llamados sueños recurrentes * (volverá a ellos más adelante) no son otra cosa que el eco cada vez más difuso del aria primera y original de un sueño que nos negamos a perder o (su caso) el escenario con los muebles clavados al suelo de obras sin parlamentos fijos.

Los sueños, para la mayoría de las personas, no son más que andrajos de una bandera derrotada, flameando en el viento justo antes de ser arriada y —entre todas las teorías imposibles de elevar a teoremas y, desde ya, inaplicables a su situación— se queda con aquella que postula hipótesis en cuanto a que esas hilachas de conversaciones y paisajes y momentos no son más que el modo en que el cerebro tiene de autorregularse eliminando todo aquello que no sirve para nada, que molesta, que ocupa sitio de más, que ensucia. Piezas sobrantes del rompecabezas de cabezas rotas, ruido blanco o aquel sonido fantasma que —si se prestaba atención— podía oírse, entre canción y canción, en los surcos más gruesos de aquellos viejos long-plays. Otros, en cambio, se inclinan por pensar que los sueños son vida: que en los sueños se realizan las fantasías, que allí se es y se vive y se piensa como nadie se atreve a pensar y ser aquí.

Sus sueños, en cambio, son otra cosa.

Sus sueños son otros sueños.

Sus sueños son láser y digitalizados.

Sus sueños tienen la precisión de lo inolvidable. No son sueños como los de los demás. No son secuencias tartamudas y vacilantes que puedan dar enormes saltos argumentales pasando de una casa a un avión, de un lecho a un patíbulo, de un pariente a un monstruo, siempre en blanco y negro * (y la verdad que tampoco nunca entendió del todo cómo se puede precisar eso de «Los sueños son en blanco y negro»).

¿Tendrá que ver con que una vez que las películas alcanzaron el color se relegó al blanco y negro al terreno de los sueños y de los recuerdos?

¿Los recuerdos son en blanco y negro?

Recordarlo: en los films alguien sueña y el rojo es negro y el amarillo es blanco. No sabe, no le parece una afirmación muy firme.

En cualquier caso, sus sueños son en colores y en CinemaScope.

Y sus tramas son lineales y claras.

Nada de pasar por Z luego de salir de A y antes de llegar a B.

Su vida —como, si se lo piensa un poco, es la vida de todos— es mucho más digresiva que cualquiera de sus sueños. De ahí que, llegado este punto y antes de seguir avanzando —de continuar soñando despierto—, él deba introducir una pequeña aclaración.

En colores o en blanco y negro.

www.elboomeran.com

<http://www.megustaleer.com/libro/la-parte-sonada/ES0144883/fragmento/>

Da igual.

Y es ésta: la mujer de sus sueños no es su madre; aunque una vez, hace tanto tiempo, durante nueve meses, hayan soñado exactamente lo mismo, y sus sueños hayan sido los suyos y los suyos hayan sido los de ella.

La mujer de sus sueños es Ella.

Y cada vez que Ella aparece en sus sueños (en sus sueños dormidos, quiere decir) él se despierta, consigue despertarse, se obliga a que así sea. Ha sido un entrenamiento duro y sufrido, como de atleta olímpico o, mejor dicho, de atleta onírico. Despertarse —cada vez que aparece Ella— es llegar a la meta interrumpiendo la carrera, pensando aquello de «Nunca voy a conocerte, pero voy a amarte lo mismo», algo así. La garantía de que lo interrumpido devenga en un constante (to be continued...) que le garantice volver a soñar con Ella y despertarse cuando la ve y...

Ella equivale así al final de sus sueños dormidos para que puedan dar comienzo sus ensueños despiertos.

Y va a decirlo ahora y rápido y sin pensarlo demasiado para no tener tiempo ni lugar para arrepentirse:

Él tiene el poder de que sus sueños no se hagan realidad.

Volverá sobre todo esto más adelante.

Y otra cosa que siempre le intrigó: eso de que la gente cuente ovejas o corderos para conciliar el sueño. ¿Por qué contar? ¿Y por qué corderos u ovejas? Está claro que hay una relación entre sueño y conteo: la cuenta regresiva de los hipnotizadores hundiéndose a los voluntarios del truco en la más dócil de las somnolencias. No un coma sino puntos suspensivos donde la voluntad se suspende y se rinde a los dictámenes del mago: «Ahora eres un cordero, uno de esos corderos que alguien cuenta para poder dormirse». Y ahí va el pobre tipo * (como Tío Hey Walrus, más detalles más adelante). Dando saltitos sobre el escenario mientras en las butacas todos ríen y algunos piensan, por unos segundos, si no será que ellos llevan años hipnotizados o minutos en trance que entienden como sus vidas. Que sus vidas enteras, pobres ilusos, no son otra cosa que la hipnótica orden impartida por un ilusionista. Un ilusionador que en cualquier momento hará chasquear sus dedos para que los hombres descubran que, en realidad, no eran otra cosa que una antigua y soñadora ficción.

Él, para poder dormirse, cuenta sueños.

«Cuenta un sueño y pierde un lector», advirtió * (¿cómo pudo olvidarse de que había sido él quien lo afirmó?, ¿síntomas de falta de vida nocturna?, ¿licuación de memoria por ausencia de sueño?) alguna vez el escritor Henry James.

Espera que no sea cierto y que semejante dictamen no funcione en estas páginas.

Porque él tiene que contar varios sueños.

No puede no hacerlo.

Sueños dentro de sueños, además.

Cajas chinas en manos de muñecas rusas expuestas en abismo.

Los sueños son parte inseparable de su vida despierta y —en el núcleo indivisible de todos ellos— de la vida de la soñada mujer de su vida.

De Ella.

Ayer volvió a verla.

Ella trabaja en una librería (para él no hay oficio mejor para una mujer) y además es la mujer más hermosa del mundo. No sé si ella piensa lo mismo en cuanto a su belleza, la de él, como aprendió en otra canción, que necesita del entendimiento del conocimiento de lo que él es. Tarea difícil. Y no está del todo seguro de si ella intuye eso. Pero le parece que algo sospecha al respecto. De lo que sí está seguro es de que Ella está segura de que no le interesa demasiado el que él piense que ella es la mujer más hermosa del mundo. Hay mujeres hermosas —como Ella— que se las arreglan para llevar su hermosura en los ojos de los demás. Saben, intuyen, que la conciencia de la propia belleza sería un peso excesivo y entonces —razonada o intuitivamente— deciden que lo mejor es que sean los otros quienes deban cargar con ella, con semejante peso. Tal vez por eso Ella se ha hecho ese tatuaje en la frente, a la altura de donde debería abrirse un tercer ojo. Pero no. El tatuaje de Ella es algo que parece diseñado para cerrar ese supuesto tercer ojo y para potenciar a los otros dos. Algo que no se sabe si es una cruz o una espada y que es así † y que, piensa él, Ella se tatuó para que ese dibujo distraiga un poco de su belleza a todos aquellos que la miran y no pueden dejar de mirarla a los ojos. Ese † como un pararrayos y como un escudo y como un espejo que rebota miradas adoradoras e incómodas. Ese † que es una maniobra distractiva que, al menos por unos segundos, hace pensar en qué significará ese tatuaje en lugar de un de dónde ha salido una mujer como ésta.

Sí: hay mujeres esclavizadas por su belleza y hay mujeres que, con su belleza, esclavizan a los demás.

Y Ella no quiere ser ninguna de ellas.

Y hay días en que a este esclavo la belleza de Ella se le hace indomable y dominante y que, ante ella, quisiera caer de rodillas y dormirse y soñar con que se despierta y ella sigue allí.

Ahora es una de esas primeras tardes de otoño en las que parece que el mundo entero es un drama o una comedia a medio montar, y todo se siente y se ve como si se tratara de un intermedio entre un acto y otro. Y que, cuando vuelvan los actores a lo suyo, se descubrirá —con no demasiada sorpresa— que la obra es otra, que lo que ahora sucede poco y nada tiene que ver u oír con lo que se había contemplado hasta entonces.

En los primeros momentos de otoños pasados, la gente soñaba más porque los sueños cambiaban de vestuario. Y, por las mañanas, cuando el sol ya no sube tan temprano y tan veloz, cuando todos salen a la calle recién despiertos, él podía ver todavía los restos de sus sueños alrededor de sus cuellos, como bufandas ocultando sus bocas, negándose a soltar a sus dueños poseídos.

El principio del otoño es su época favorita del año y, también, la estación que mejor les sienta a las librerías, el clima ideal para pasar horas de pie allí dentro.

Entra a la librería.

Una de esas librerías que alguna vez fueron nada más que librerías pero que ahora han ido mutando y que, como las criaturas míticas de los bestiarios antiguos, combinan los rasgos de varias especies * (si hay algo más interesante que un león ese algo es un león con alas y rostro de mujer y preguntas en su boca y delirios de grandeza divina) y ésta es una librería-café-tienda de discos.

Finge buscar cualquier cosa: Todavía Estamos Aquí, el último álbum de Los Dinosaurios Inextinguibles, por ejemplo. O alguna edición de The Glass Key de Dashiell Hammett para volver a leer ese reposado final —luego de tanta traición y muerte y desvelos— en el que una chica cuenta un sueño. Uno de los finales y uno de los sueños que más le gustan de la historia de la literatura en una novela policial que, junto a The Long Goodbye de Raymond Chandler, puede leerse como si fuese una variación entre ensueños de The Great Gatsby, esa novela casi-policial y... Ah, las cosas en las que piensa en las librerías en general y en esa en particular para así intentar no pensar en Ella.

www.elboomeran.com

<http://www.megustaleer.com/libro/la-parte-sonada/ES0144883/fragmento/>

La librería pertenece a un tal Homero.

No es ciego y, sí, es el padre de Ella.

Y una noche, para su inmensa infelicidad, él soñó que Homero era su padre perdido, que alguna vez había conducido un automóvil a ciegas, y se despertó con una sonrisa aliviada: no, ella no era su hermana.

Y abre y cierra libros. Lee palabras sueltas que, siempre, lo remiten a lo mismo: «Escribir no es más que un sueño guiado», «Los sueños son el género; la pesadilla, la especie», «Los sueños son una obra estética, quizá la expresión estética más antigua», «Tenemos esas dos imaginaciones: la de considerar que los sueños son parte de la vigilia, y la otra, la espléndida, la de los poetas, la de considerar que toda la vigilia es sueño», «Si pensamos que el sueño es una obra de ficción (yo creo que lo es) posiblemente sigamos fabulando en el momento de despertarnos y cuando, después, los contamos», «No sabemos exactamente qué sucede durante los sueños» * (Jorge Luis Borges; todavía se acuerda de su nombre, por suerte; vaya él a saber por cuánto tiempo más, cuántas noches le quedan para que esa cárcel en la que escribe se llene de arena que, grano a grano, lo cubra y lo ahogue y lo sepulse y lo tache).

Irritado, cierra el libro que —como se sabe que sucede en los sueños, ésta es una de las formas más rápidas y eficaces de saber que se está soñando— cambia de título y de tema y de género, porque los sueños no son lectores atentos y su capacidad de concentración es mínima. La velocidad de los sueños es mayor que la velocidad de la vista. Y así, dejando el libro a un lado, anula su voluntad de hablarle en sueños y se desliza —sin perder de vista a Ella, detrás del mostrador— hasta territorios que intuye más seguros. Da un largo rodeo para ni siquiera acercarse a la sección de esoterismo * (donde abundan esos absurdos diccionarios de interpretación onírica y todo eso) y tiembla un poco al pasar junto a la sección de autoayuda * (y vuelve a preguntarme lo mismo de siempre: cómo es que hay gente tan desesperada e ilusa como para creer en la eficacia de esos manuales; cómo es que esa gente que no podría ayudar a nadie piensa que puede autoayudarse siguiendo las instrucciones de algo que escribió alguien que no conocen, del que saben poco y nada y no los conoce y que, es inevitable, está tan necesitado de ayuda como ellos, y no puede autoayudarse sino escribiendo estos libros). Así que se detiene en la sección de los cómics. * (¿Existirán aún todos esos cómics de la variedad DC que, en su infancia, le producían una mezcla de fascinación y desprecio? ¿Esos que se anunciaban como pertenecientes a la especie de las «aventuras imaginarias» y que jugaban con imposibilidades como Superman muriendo o Batman retirándose —con cosas que acabaron sucediendo de verdad tantos años después— pero que entonces sólo se podían entender como sueños despiertos?). Allí estará seguro y desde allí podrá verla bien.

Es una buena posición para contemplarla a Ella.

Un niño con aires de robot le estudia desde los bordes de una revista manga. Un adolescente con granos y tatuajes * (o tal vez sea la cantidad de granos la que le hace pensar en uno de esos guerreros maoríes y surfistas y balleneros) le pone cara de Batman desafiante y moderno y psicótico, y no le cabe duda que él también está allí para poder mirar mejor a Ella.

Finge que no existen (su abuela siempre le aconsejó que a ciertos animales raros nunca hay que mirarlos fijo porque equivale a una invitación a la lucha o a que te llenen de dientes) y * (de nuevo, por favor, nada de esas recopilaciones de «aventuras imaginarias» y soñadas de Superman en las que se casa con Lois Lane o muere o sale sin traje de Superman a la calle o cae desde las alturas habiendo perdido el don del vuelo) busca un álbum dedicado a uno de esos nuevos especímenes del género: trazos de infantil dibujo animado dedicándose a la ejecución de acciones bestiales y donde todo tiene el ritmo de pesadillas onomatopéyicas. Lo abre y ahí está el pequeño monstruo apenas aprisionado entre

rectángulos: durmiendo con la boca abierta de la que brota un ZZZZZZZZZZ y, sobre su cabeza, dentro de un globo, un serrucho aserrando un tronco y... lo cierra. El pequeño monstruo del cómic podría ser un pariente más o menos cercano de Chico Manga y de Freak Batman, piensa.

Y, de pronto, en los altoparlantes de la librería, canta una canción, esa canción que enumera sueños. Y tal vez esa fuera un buen modo de entablar contacto, piensa. Acercarse a Ella. Preguntarle si sabe cuál es esa canción cuyo nombre no recuerda y que tal vez, hacia el final, en una estrofa nueva y flamante, la canción cante acerca de una librería y una mujer hermosa y...

... de pronto algo sucede. Algo sucede para que ya no suceda. Algo sucede para que no tenga ni la obligación ni el derecho de suceder.

Avanza hacia Ella y sus pasos se interrumpen * (no le gusta cómo suena esta frase, suena a mal añejada traducción pero, comprende, no puede hacer nada: después de todo, los sueños son la traducción de una traducción; y la suya es una traducción rápida y apresurada ante el temor de que comiencen a desvanecerse, a que los sueños se pongan a soñar y se olviden de quien los sueña provocando su olvido) porque, ahora, es ella quien viene hacia él. Caminando, pero con esa manera de caminar que tienen algunas mujeres y que es como si corrieran en cámara lenta. Y Ella le sonrío; pero hay algo terrible en esa sonrisa: es una de esas sonrisas forzadas, como de calavera feliz. Una de esas sonrisas con boca abierta y tomadora de aire con las que emergen las nadadoras artísticas sincronizadas antes de volver a hundirse bajo el agua para sonreír bajo el agua una sonrisa hermética donde los dientes apretados impiden que ellas se llenen de agua y naufraguen.

Y Ella abre sus brazos y sus labios y es como si él pudiese ver allí, en su garganta, el modo en que se van formando esas palabras que tanto le gustaría oír pero que ella no debe pronunciar, aquí y ahora; porque decirlas, ponerles sonido y lanzarlas al aire, equivaldría a terminar con todo.

Así que él cierra los ojos allí para ya no verlas y abre los ojos aquí, lejos, donde ya no puede oírlas.

Avanza hacia Ella y sus pasos se interrumpen * (otra vez, la misma frase: el horror de que los escritores, además de tener sueños recurrentes, tengan sueños con frases recurrentes que no les gustan cómo están escritas y soñadas) porque siente un terrible dolor primero en su brazo izquierdo y después en su pecho; pero no importa porque es un dolor que lo derrumba justo frente a Ella. Él recupera el sentido dentro de la ambulancia y es tan feliz cuando descubre que Ella no viaja a su lado, no le toma de la mano durante todo el viaje en la ambulancia. Y hay algo hermoso en que los autos y los autobuses y hasta las ambulancias vacías se hagan a un lado para dar paso a la veloz y aullante luz roja de su amor por Ella que, por suerte, no está allí. Así que, tan contento, continúa agonizando, sintiéndose más vivo que nunca.

Avanza hacia Ella y sus pasos se interrumpen * (ugh, y ya no va a decir nada al respecto de esto) y ahora el Chico Manga y Freak Batman tienen el aspecto último — como de boceto invertido, el boceto al que se accede recién después de la obra concluida, del retrato firmado— que distingue a los enfermos terminales. Ojos cansados por la conciencia de todo lo que no llegarán a ver, esas arrugas jóvenes que sólo aparecen en los rostros de los que no tendrán la oportunidad de envejecer, las cabezas sin cabello mostrando piel enrojecida más por la luna que por el sol.

Él se detiene en la sección de libros usados y abre un anticuado compendio de consejos para jardineros domésticos y, de entre sus páginas, cae lo que parece ser un antiguo manuscrito tatuado con números y signos cabalísticos. De algún modo comprende que se trata de una fórmula capaz de curar todas las enfermedades de este mundo. Ella también; porque viene corriendo hacia él entre lágrimas, emocionada por la trascendencia de su descubrimiento, sus ojos tan abiertos que él

no puede sino abrir los suyos hasta sentirlos crujir por el esfuerzo. Sus ojos tan abiertos como bocas abriéndose en un beso.

Avanza hacia Ella y sus pasos se interrumpen porque Ella viene hacia él y le da una bofetada. Es la mejor bofetada que le han dado en su vida. * (Una bofetada en primer plano y marca Edad Dorada de Hollywood.) Ella es una marca tatuada en su mejilla. Y Ella es tan fuerte que su cabeza hace un mal movimiento y él pasará, feliz, el resto del día con un terrible dolor de cuello. Pero aun así, comprende, hay algo de pasión en esa bofetada. Hay motivos detrás de esa bofetada que no le conviene conocer, así que sale de allí para entrar en cualquier otra parte. En una librería donde trabaja Ella, por ejemplo.

Avanza hacia Ella y sus pasos se interrumpen cuando descubre que ahí, en el centro exacto de la librería, él está desnudo. No importa —el chico y el joven no pueden creer lo que ven— porque Ella le sonríe y también comienza a desnudarse. Ella se sienta sobre el mostrador, cruza las piernas y se quita un zapato y un pie desnudo de Ella vale más que cien cuerpos enteros y desnudos y frontales y totales. Y entonces él abre los ojos no para verla más y mejor sino para dejar de verla y se despierta.

Avanza hacia Ella y sus pasos se interrumpen porque Homero viene hacia él desde la sección de best-sellers y lo acusa de estar robando libros. Huye hacia la salida dejando detrás de sí, cayendo desde los bolsillos secretos de su abrigo-para-robar-libros, varios tomos de las obras completas de un autor al que idolatra pero cuyos libros no se consiguen, porque jamás fueron escritos. Porque ese autor no existe a este lado de la vida que no es sueño.

Avanza hacia Ella y sus pasos se interrumpen porque se oyen gritos y canciones y, afuera, todos se besan y se abrazan y, sí, ha caído, por fin, ese gobierno dictatorial y dinástico. El fin de años y años bajo la bandera y las botas de un mismo apellido. Y Ella y él saben que lo que se impone es abrazar y besar a quien se tenga más cerca y ni ella ni él van a arrojarse en brazos de Chico Manga o de Freak Batman, así que él decide salir corriendo, alejarse lo más rápido de allí, abriéndose paso entre los que se besan y se abrazan y talan estatuas de bronce en las plazas y en los parques. Las derriban para que, en su lugar, nada es perfecto, crezcan inevitables nuevas estatuas de bronce con brazos en alto, todas ellas señalando a ninguna parte, pero tan seguras de que ninguna parte queda, exactamente, en esa dirección.

Allí.

Avanza hacia Ella y sus pasos se interrumpen y desde la calle llega un ruido tremendo. Un rumor de cataclismo descendiendo desde las alturas. Ella y él salen a la calle unidos por el miedo y la curiosidad * (la curiosidad y el miedo son dos poderosos aceleradores de las relaciones humanas y, de pronto, Ella y él son desconocidos que se conocen a la perfección) y ven a gente que corre y autos que chocan entre ellos y, en el cielo, lo que primero parece una nube de metal enseguida resulta ser una nave de fabricación interplanetaria. La gracia de sus curvas, la elegancia de sus luces, no pueden ser cosas de este mundo, piensa él. Los seres humanos no están aún listos para imaginar o realizar cosas así.

La nave se posa delicadamente —como un insecto sobre una flor— y de su interior salen dos criaturas transparentes. Se acercan a él y a Ella con sonrisas sabias y, con el fluir mudo y telepático de sus pensamientos, les explican que han llegado para salvar a la humanidad, para acabar con todos los males y los malos de este planeta. Y que lo único que piden a cambio —luego de estudiar a los terráqueos durante años— es que Ella y él se unan a ellos, que suban a la nave y que los acompañen de regreso a su mundo. Les dicen que son los dos humanos más perfectos que jamás han visto; que Ella y él fueron hechos para unirse y llevar lo mejor de su especie a los confines del universo. «Son los nuevos fundadores de una nueva historia —les dicen—. Son los primeros dos nombres del primer capítulo y serán vuestros hijos quienes seguirán nuestro ejemplo y nuestro amor en una nueva Tierra donde no habrá ni guerras ni enfermedades. Ése será el precio que deberán pagar para que

nosotros impidamos que los millones de habitantes de esta vieja Tierra condenada continúen su rumbo hacia la autodestrucción.»

Ella y él se miran y sonríen y es entonces cuando, antes de que sea demasiado tarde * (diciéndose que a una canción favorita cuyo título no recuerda ahora se suman aspectos de la trama de una novela favorita cuyo título no recuerda) se obliga, una vez más, a abrir los ojos, a recordar.

Avanza hacia Ella y sus pasos se interrumpen porque Ella avanza hacia él y se detienen uno frente a otro, sin decir palabra, mirándose en un silencio raro como fuego que enfría o nieve que arde. Y la cuestión aquí es y será quién de los dos se atreverá a romper la rareza de ese silencio —de ese silencio tan elocuente— para decir aquello que sólo se puede decir una sola vez. Esas palabras dormidas que, una vez despiertas, ya nunca más podrán volver a cerrar los ojos. Esas palabras invisibles en un silencio que —a diferencia de lo que falsamente aseguran en cuanto a la visibilidad espacial de la Gran Muralla China— sí puede verse desde la Luna. Porque ese silencio es la más grande estructura jamás construida por el hombre y la mujer, por un hombre y una mujer.

Verlo.

Abrir los ojos.

Ahí está.

No es fácil lo de abrir los ojos, lo de interrumpir el curso de los sueños en ese exacto momento, cada vez que Ella y él van a unirse para siempre.

Es algo que le ha exigido un duro entrenamiento, una ardua programación.

No ha sido sencillo, pero era indispensable.

De que él despierte justo antes de que Ella comience a amarlo en sus sueños depende la posibilidad de que Ella alguna vez llegue a amarlo en su vida despierta, se dice.

Lo dijo antes pero tal vez no fue del todo claro.

O tal vez fue tan claro que no se le comprendió.

Suele ocurrir con los pronunciamientos sencillos y los sueños complejos: la gente desconfía de su simpleza y los descarta sin pensarlos como a entidades complejas, y es entonces cuando comienzan los problemas.

Así que mejor, por las dudas, va a repetirlo:

Tiene el poder de que sus sueños no se hagan realidad.

Y, claro, ésta es la parte y el momento en el que, piensa, muchos sonreirán con esa piedad que nace del desprecio más que de la pena, y dirán: «¿Y qué tiene eso de novedoso? Yo también tengo el poder de que mis sueños no se hagan realidad».

A lo que él insistirá:

Tiene el poder de que sus sueños no se hagan realidad.

Y agregará lo que sigue, lo que le cuesta decir y poner por escrito; porque no es fácil confesar ciertas cosas:

Cuando dice que tiene el poder de que sus sueños no se hagan realidad, quiere decir que todo aquello que sueña nunca tendrá lugar. Sus sueños siempre tienen demasiado sueño como para despertarse y volverse verdaderos. Todo lo que él sueña es automáticamente tachado de la trama de su historia y de la historia despierta de la humanidad. Es un poder absurdo e imposible de demostrar a segundos y terceros.

Una vez —después de unas cuantas copas— le dijo a un conocido: «Tengo el poder de que mis sueños no se hagan realidad». Y su amigo le miró como se mira a un idiota y le dijo: «Yo también».

Así que se explicó mejor: jamás tendrá un ataque cardíaco o se descubrirá desnudo en la librería donde trabaja Ella o será perseguido por robar libros o será abofeteado por Ella.

Y jamás se descubrirá la fórmula para curar todos los males del mundo ni este mundo será redimido por el afecto cósmico de alienígenas líricos o de alienígenas invasivos, de esos que esperan a que te quedes dormido para robarte el cuerpo y reemplazarte y replicarte mientras sueñas. Jamás caerá vencida la dictadura que hunde y entierra a su país.

Y estos que recuerda aquí son, apenas, un puñado de los sueños que ha tenido. Una pequeña muestra de variaciones —cientos, miles, hay noches en las que sueña hasta cinco de ellas— donde las buenas nuevas son, una y otra vez, abortadas y muertas, por la fuerza y voluntad de un posible nuevo amor en permanente período de gestación y, hasta donde sabe, sin fecha clara de nacimiento.

Le preguntarán entonces con qué soñaba antes de conocer a Ella y les responderá que antes nunca recordaba sus sueños ni se preocupaba por recordarlos. No es responsable de todo lo que pudo haber ocurrido o dejado de ocurrir antes de comenzar a soñar con Ella. O sí. Pero le importa todavía menos de lo que le importa lo sucedido o sucedido en los sueños que sí recuerda, en los sueños con Ella.

Y añadirá que no hay noche en que el placer de soñar con Ella no haya significado la muerte de una buena noticia. Los sueños como el del ataque cardíaco, el del robo de libros, el de descubrirse desnudo, el de la bofetada, no son los más abundantes; son más los del tipo trascendente.

Y ayer soñó que, mientras él estaba en la librería, los vendedores de periódicos voceaban ediciones extra informando acerca de la captura de ese asesino en serie que, lo siente, por culpa suya, ya nunca será capturado.

Se le dirá que es un miserable y un canalla * (decir que es nada más que un canalla o un miserable no le parece suficiente / buscar sinónimos de mayor potencia) y él dirá que, de acuerdo, que es posible. Pero que no es algo que él haya pedido. Este poder incubado a lo largo de nueve meses flotando dentro de su madre, suspendida en la hamaca de un coma, no es algo con lo que él haya soñado. Nunca quiso ser un héroe y, mucho menos, un héroe secreto. Esta responsabilidad demasiado grande (que lo obligaría al terrible y constante ejercicio de no soñar determinadas cosas buenas para no abortar así la posibilidad de que sucedan o a la imposición de soñar cosas terribles para que jamás ocurran) no es algo que haya solicitado. Ni en sueños. Además, está seguro de que —de conseguir dominar semejante disciplina— él no duraría mucho. Sus neuronas se resistirían a esas cadenas y pronto tendría lugar la fiesta florida de tumores rebeldes e inoperables.

Así que entonces optó por algo más humilde e íntimo: por negarse a que Ella le ame en sueños para que, quién sabe, su amor le alcance algún día despierto mientras, ahí fuera, en todas partes, el mundo continúa suicidándose en cámara lenta, sin prisa pero sin pausa, mientras hace realidad sus pesadillas insomnes.

Ya está.

Ya lo dijo.

Ya lo confesó.

Tiene el poder de que sus sueños no se hagan realidad.

Y, sí, ustedes también.

Pero no.

Pero no es el mismo, lo mismo.

Y todo eso —su sueño hecho de sueños— es lo que él va a vender, ahora, en el Onirium.

Aquí viene, aquí llega, como en sueños; pasando de un escenario a otro, de un stage dormido a otro menos dormido, ascendiendo hacia la superficie y tan difícil de interpretar.

Y a él la interpretación de los sueños siempre le pareció algo tan absurdo como el intentar confeccionar sábanas y mantas con telarañas. Supone —se le ocurre ahora— que uno de los momentos más importantes y secretos de la historia de la humanidad tuvo lugar cuando un hombre antiguo anunció y convenció a sus contemporáneos de que los sueños no eran otra vida igual de verdadera que la diurna, sino, simplemente, una catarsis delirante y una purga necesaria con los ojos cerrados. Pero tal vez, ganada esa certeza se había perdido algo, algo importante, algo vital a la vez que reposado.

Y hace un rato se rió y se burló de esos diccionarios de sueños y de esos libros de sueños. Lo que no significa que no los haya leído y estudiado a fondo del mismo modo en que —ateo y agnóstico— siempre se interesó en las religiones y en los textos sacros como repositorios de ideas, como manuales de (des)instrucciones, como sitios en los que detenerse a mirar las estrellas con la cabeza inclinada, leyendo y no rezando. ¿Eran los textos sacros realistas o fantásticos según quien los leyese y creyese o no en ellos? ¿Importaba eso? Lo que importaba era que los dioses eran prácticos además de teóricos.

Los dioses siempre han utilizado los sueños como línea directa para comunicar deseos, mandamientos y presagios. Los sueños como teléfono que suena en la noche; y pocas cosas dan más miedo que un teléfono sonando en la noche. Especialmente cuando nos despierta disfrazándose de despertador, de máquina con voluntad propia y planes inquietantes * (ese invento de, seguro, uno de los hombres más odiados pero desconocidos de la Historia: el relojero norteamericano Levi Hutchins, en 1787, para ayudarse a levantarse a las cuatro de la madrugada; aunque se dice que Platón ya tenía un reloj con un mecanismo similar al del órgano de agua, para marcar el comienzo de la hora de sus conferencias; y que el monje budista Yi Xing ya había diseñado otro ingenio regido según la música de las estrellas; y que Dante Alighieri junto a su Beatrice ya contempla en su Paraíso, canto XXIV, versos 10-18, inexplicablemente embelesado, una variedad de infernal despertador cósmico construido con esferas y ruedas y luces).

Entonces, mejor, los sueños como los escalones de la escalera que sueña Jacob, o los espigados sueños vacunos del Faraón que interpreta José, o las conversaciones soñadas entre Salomón y su Hacedor, o los Reyes Magos soñando que lo mejor será no cruzarse con Herodes mientras otro José, insatisfecho, sueña ángeles que le aconsejan huir hacia Egipto luego de que su esposa supuestamente virgen e inmaculada le diga que tiene algo increíble pero cierto para contarle.

Los sueños como estrelladas carreteras cruzándose sin señales de tránsito ni carteles indicando la respuesta a ese constante cuánto falta para llegar de los niños más milagrosos, en el asiento de atrás pero sabiendo que, si hay justicia, llegarán tanto más adelante y lejos que sus conductores.

Y también ha leído libros y diarios de sueños buscando en ellos una explicación para lo que le sucedía. *Pero no halló nada parecido a lo suyo en los sueños de Emanuel Swedenborg, de Franz Kafka (quien nunca llega a contarnos de qué tratan los sueños «inquietos» de Gregor Samsa antes de despertar y descubrir que su vida es una pesadilla), de Graham Greene, de Jack Kerouac, de Federico Fellini, de Georges Perec o de Bruno Schultz, donde nunca se dice que todo eso es un sueño pero aun así...

www.elboomeran.com

<http://www.megustaleer.com/libro/la-parte-sonada/ES0144883/fragmento/>

Sus sueños le parecían, siempre, sospechosamente relacionados con sus propios y respectivos libros, funcionando como una suerte de anexo o de ático de su oficio. Arquitectura más o menos desbocada que, sin embargo, no desentonaba demasiado con las plantas principales. Tan sólo le conmovieron unas palabras de William S. Burroughs: un fragmento introductorio a su libro de sueños, *My Education*, donde también se ofrece una receta para «fabricar botulismo» que «fue utilizada con éxito conspicuo por Pancho Villa».

* (Aquí está: «Durante años me he preguntado por qué, a menudo, los sueños resultan tan opacos y sin gracia cuando se los relata al despertar, y esta mañana encontré la respuesta, que es muy sencilla y, como la mayoría de las respuestas, ya la sabía desde siempre: No hay contexto... como un animal embalsamado en el vestíbulo de un banco».)

No hay contexto.

Burroughs tenía razón.

Pero lo que Burroughs —quien disparó su primera pistola a los ocho años, quien estaba seguro de emanar infrarrojos ultravioletas que lo convertían en «el hombre invisible» * (así, en español); quien afirmaba haber estrellado un avión de pasajeros con el poder de su mente; quien con sus cortantes y recortados cut-ups de palabras creía formar estructuras de lenguaje extradimensionales y talismánicas; quien mataba a sus enemigos por escrito dentro de sus novelas; quien estaba seguro de que si no soñamos nos morimos, porque nuestro cerebro necesita diversión y se aburre de la vida despierta y se deja ir— no sabía o no podía saber es que los sueños pueden, si se los educa y potencia, modificar primero su contexto para luego convertirse en el contexto en sí mismos.

Él sí lo sabe. Así —el caso suyo, su vida— cientos de animales embalsamados en el vestíbulo de un banco al que ya nadie considera un banco sino el más salvaje de los depósitos de animales embalsamados donde no está permitido dar de comer a esas momias con garras y colmillos.

Y él es el guardián de ese depósito de animales embalsamados que alguna vez no fue un banco sino una librería. Se pasea por allí todas las noches, cuando nada se mueve, cuando todos se han ido a dormir y él, dormido, apunta a uno de ellos * (siente una especial predilección por los elefantes, animal que siempre le pareció el más onírico de todos y apenas se acuerda, entre sueños, de algo que alguna vez leyó en crédulos manuales de monasterio o algo así acerca de los elefantes desaparecidos de Europa durante el Medioevo y reconvertidos en animales fantásticos) con el haz de luz de su linterna y avanza hacia Ella. Y sus pasos se interrumpen para que otro sueño —otra variación de su sueño— se reanude y, una vez más, la velocidad de las cosas se altere. Y que, de pronto, haya demasiadas frágiles llaves de cristal y pocas claves de acero y tan poco tiempo para intentar abrir esa delgada pero invulnerable puerta que separa lo despierto de lo dormido.

Ya lo dijo: sus metáforas son pocas pero inoxidable.

Y, ah, esa canción, esa canción...

Una canción que —como una canción de cuna meciéndose a sí misma pero nunca durmiéndose sino siempre despertándose— parece seguir y seguir y seguir, como si corriese sin camisa por los techos de un hotel de Avignon donde te acostaste pero no dormiste con Ella. Una canción que parece estar ascendiendo todo el tiempo, como si buscara un estribillo que se encuentra cada vez más alto, más arriba.

La larga y sinuosa subida que conduce al edificio del Onirium no es exactamente una subida. La subida que conduce al edificio del Onirium * (un caos de escaleras como brotado de uno de esos grabados de M. C. Escher que solían adornar las paredes de su adolescencia, donde los escalones parecen llevar a ninguna parte y a todo lugar al mismo tiempo) es larga y cansadora y en ningún momento se tiene la sensación de

subir sino de ascender. Como si se flotase. Como se flota en los sueños. Y se pregunta si no será ésa la idea: la de que el viaje hasta allí canse, agote, produzca la necesidad de dormir y, tal vez, de ganas de soñar.

No es el único. Son multitudes aquí. Una fila larga y serpenteante que parte desde los límites de la ciudad, atraviesa barrios residenciales, da un rodeo para evitar un anillo de barracones cuyo diámetro crece día a día, hasta por fin alcanzar el primer escalón de la cuesta.

Son muchos, sí, pero son cada vez menos; porque los encargados de la compra de sueños, los científicos del Onirium, ya tienen cada vez más y mejor identificados a los mentirosos y a los mitómanos y a los que fingen y hasta a los que se han convencido a sí mismos de que siguen soñando cuando sólo duermen.

No es su caso.

Él es auténtico y verdadero y legítimo.

Uno de los pocos Morfeo Plus.